

I

Viernes, 15:45

1. Sonó el móvil. Era el número de Pedro.

- ¿Sí? – contestó Marcos.
- En la acera de enfrente hay una señora con un carrito de la compra que va a cruzar la calle.
- La veo.
- Evita que cruce en el próximo ciclo del semáforo, sin que se dé cuenta de que lo has hecho tú.

Colgó. Marcos volvió sobre sus pasos y cruzó rápidamente la calle por el semáforo del que hablaban, antes de que la señora lo alcanzase. Se trataba de un semáforo peatonal. Sacó su chicle de la boca, lo pegó sobre el botón de cruce y siguió su camino, pasando junto a la mujer unos metros más abajo.

La señora llegó andando despacio, tirando de un carro de la compra demasiado lleno para su edad. Cuando alcanzó el semáforo vio el chicle pegado y se puso a refunfuñar, abrió su bolso y comenzó a buscar un kleenex.

2. Sentado ante el ordenador, Pedro llamó a su mujer.

- Acércate y mira esto – urgió a Amelia –. Observa bien la calle.
- ¡Qué buena imagen tienes! – en el monitor se veía la calle vacía, con la mujer en la acera de la derecha y Marcos desapareciendo ya por el extremo superior– ¿De dónde la has sacado?
- Es la cámara de control de tráfico. Tiene su propio mástil en el centro de la rotonda. No te distraigas y mira la calle.

En ese momento apareció en pantalla un coche a toda velocidad por el centro de la calzada. El conductor mostraba un pañuelo blanco por la ventanilla, señalizando que llevaba un enfermo al hospital. El semáforo estaba verde y el coche desapareció en poco tiempo hacia el final de la calle.

- ¿Ves? Le hemos salvado la vida
- Estás exagerando un poco, ¿no crees? – repuso Amelia, sonriendo.
- No, para nada. Te lo mostraré otra vez.

Los dedos de Pedro se movieron con agilidad sobre el teclado y la imagen de la pantalla rebobinó. Colocó una marca de tiempo en la esquina y fue mostrando a Amelia la secuencia del semáforo de los últimos minutos.

Pedro sostenía que si la señora hubiera pulsado el botón en el primer momento, el semáforo le habría permitido cruzar unos segundos antes de que llegara el coche, colocándola en su trayectoria. A juzgar por los tiempos que mostraba la pantalla, parecía ser así. No quiere decir que hubiera muerto atropellada; podría haber ocurrido, simplemente, que el coche hubiese frenado a tiempo. Pero la idea de que Marcos le había salvado la vida al “impedirle” cruzar resultaba muy atractiva.

El rostro de Pedro reflejaba la sonrisa del éxito. Se reclinó hacia atrás en su silla y se acarició la nuca con la mano izquierda, al tiempo que manipulaba

COMPRE EL EBOOK COMPLETO EN WWW.PARADIMAGE.COM

con la derecha uno de los ratones de ordenador que descansaban sobre la mesa.

- El chico es bueno, ¿no crees? – comentó, volviendo a pasar la secuencia en que Marcos pegaba el chicle al botón –. Lo del chicle es discreto, elegante...
- ¡Pedro, por Dios! Elegante, lo que se dice elegante, no es sacarse un chicle de la boca... – ironizó Amelia.
- Bueno, vale, quiero decir que es ingenioso. Lo ha resuelto rápido y sin que nadie note que ha sido él.
- Ya te dije que me parecía un buen chaval. Creo que saldrá todo bien si conseguimos involucrarlo – y cambiando de tema, añadió –. Pero deja todo esto ahora y vente a comer, que son ya las cuatro. He preparado un rabo de toro que está para chuparse los dedos.

Pedro se levantó de su escritorio dejando el ordenador encendido. O los ordenadores, más bien, porque la habitación era todo un derroche de tecnología impropio de una persona de su edad (¿unos sesenta años, quizás?). No menos de cinco pantallas cubrían en desorden el escritorio, la mesa de reuniones estaba desaparecida bajo unos planos, había una pizarra táctil, post-it por las paredes, múltiples altavoces...

La habitación contigua era todo lo contrario: una sala de estar sencilla, con una mesa camilla sobre la que se disponían los dos platos de comida. Amelia ocupó su sillón de orejeras y su marido hizo lo propio. No había televisión y tampoco ellos hablaron mucho más. El rabo de toro merecía ese silencio.

II

Jueves (24 horas antes)

3. Septiembre es un mes de contrastes en la Costa del Sol. El clima sigue siendo templado pero, junto a los últimos bañistas, pasean ejecutivos encorbatados y estudiantes con mochila. Algunos negocios de temporada cierran; otros sólo se toman un descanso, a la espera del turismo de invierno... si es que se puede llamar invierno a ese clima suave que no se encuentra en ningún otro lugar de nuestro continente.

Septiembre es también un mes de reencuentros: con la rutina, con la familia, con las obligaciones. Los amigos que se separaron en verano vuelven a verse y se cuentan largas historias, mitad verdad y mitad mentira.

Marcos y Juan se reencontraron sólo unos días antes de que empezase el colegio. Juan es muy alto para su edad y bastante fuerte. Su cara es redonda y de rasgos infantiles, lo que intenta disimular con un pelo extremadamente corto. Un aire más marcial que le permita, al menos, aparentar los quince años que tiene.

Juan veranea en Suecia, con la familia de su padre. A la vuelta siempre cuenta historias sobre supuestos ligues rubio platino, de las que se burlan sus amigos. Marcos sostiene que acabará con una sueca pero que la conocerá en Torremolinos, como mandan los cánones. De todos es bien sabido que no hay lugar como Torremolinos para conocer jóvenes de aquel país.

Marcos es físicamente muy distinto de Juan, bastante menudo y más ágil que fuerte. Sus rizos castaños se habían alargado este verano hasta los hombros, en contra del criterio de su madre, en un vano intento de

aparentar más edad. Y es que los quince es una edad que nadie quiere... pero que a fin de cuentas sólo dura un año.

Marcos y él se conocen desde pequeños. Son compañeros de colegio y comparten varias aficiones, de las que la principal es el deporte. Entrenan judo y juegan al baloncesto durante el invierno y aprovechan el buen tiempo para correr por la playa en verano. Viven relativamente cerca, Marcos en una urbanización a las afueras y Juan ya dentro del casco urbano pero a sólo una parada de autobús.

Marcos no había salido ese año de veraneo. Sólo una semana en julio a la casa de su tía en la sierra de Madrid, que no es lo que normalmente se entiende por veraneo. Su padre pasaba por una racha de mucho trabajo y, aunque había insistido en que su madre y él se fueran juntos unos días, su madre decidió a última hora quedarse.

Los dos amigos derrocharon los días previos al colegio charlando en la playa hasta que, a principios de la semana, las clases les devolvieron a la rutina.

El jueves era el primer día de judo. El profesor les hizo sentarse en círculo sobre el tatami y Marcos y Juan se pusieron juntos. Al profesor lo acompañaba un señor mayor de edad incierta. Lucía gafas de sol graduadas, un perfecto bronceado, barba rala y canosa y la complexión atlética de Fred Astaire, de quien nadie ha sabido nunca adivinar qué edad tenía en cada una de sus películas. Lo presentó como Pedro, un antiguo maestro suyo que venía a hablarles del campeonato regional.

- Este año el campeonato regional de judo va a ser algo muy especial – anunció Pedro –.Lo vamos a celebrar en el Centro de Alto Rendimiento de Sierra Nevada, donde estaréis internos tres días. El campeonato propiamente dicho será el tercer día, los dos primeros los emplearemos en los entrenamientos y en actividades de montaña.

COMPRE EL EBOOK COMPLETO EN WWW.PARADIMAGE.COM

Hubo murmullos. La idea de competir fuera de casa les resultaba siempre atractiva y el Centro tenía fama entre los alumnos, pues era donde preparaban las olimpiadas muchos deportistas de élite.

- La mala noticia – intervino el profesor– es que no podremos ir todos, pues sólo tenemos asignadas diez plazas. Necesitamos hacer una selección que descarte a dos – hubo más murmullos–. Será como siempre por méritos pero, como el campeonato es diferente, el criterio vamos a tener que aplicarlo también de un modo diferente.

Saltaron varias voces pidiendo detalles. Marcos felicitó a Juan por lo bajo, porque daba por hecho que su amigo sería seleccionado y él no. “No digas tonterías”, le calló Juan.

- Los seleccionados son... – y, efectivamente, entre los ocho nombres que leyó el profesor estaba el de Juan y no el de Marcos –. Los otros cuatro pasaréis una selección con Pedro este fin de semana, de la que sacaremos dos nombres más.
- ¿Va a ser él quién decida? –preguntó alguien.
- Será vuestro ingenio – respondió Pedro, anticipándose a la respuesta del profesor –. Los cuatro tenéis un nivel en judo similar, por lo que buscaremos que seáis capaces de resolver el tipo de problemas que nos encontraremos en los juegos de montaña – hizo una pausa y cambió el tono, para dar más énfasis a lo que iba a contar –. Lo que os proponemos para este fin de semana es una serie de pruebas de ingenio y habilidad. Será divertido, ya lo veréis. Antes de la clase del lunes sabréis quienes son los seleccionados.

A continuación se reunió con los cuatro alumnos en una sala contigua, mientras el resto comenzaba el entrenamiento en medio de los rumores. Al profesor le costaba mantenerlos centrados en los ejercicios. Los que se habían marchado con Pedro volvieron un rato después y se incorporaron a la rutina de los demás. Durante un ejercicio por parejas, Juan preguntó a Marcos por la reunión, pero el profesor no les permitió hablar demasiado. “Luego te cuento”.

Al terminar el entrenamiento pudieron charlar algo más, mientras se cambiaban.

- No sé. Nos ha pedido los números de móvil y nos ha dicho que nos llamará durante el fin de semana para proponernos las pruebas – explicó Marcos.
- ¿Qué pruebas? ¿De qué tipo? – se interesó Juan. Pensaba que si requerían demasiado esfuerzo físico, Marcos podría tener dificultades.
- Tela de raras – dijo Marcos tras una pausa, como el que no encuentra otra palabra mejor para expresarse –. Las llamó “ejercicios de discreción”.
- ¿De discreción? – se extrañó Juan.
- Eso dijo. Y no nos ha dado ni un ejemplo, el tío. Es la mar de reservado.
- Pero entonces, ¿qué es lo que os ha contado? – preguntó Juan – Algo os habrá dicho en todo el rato que habéis estado aquí con él, ¿no?
- Pues eso, que nos llamará al móvil y que nos propondrá un problema para que lo resolvamos. Se trata de darle al coco y hacer lo que se necesite discretamente. Esto lo dijo varias veces. Lo de discretamente, quiero decir.
- Eso tiene que ser entonces una situación real, digo yo... – aventuró Juan. Marcos se encogió de hombros, mientras a Juan se le amontonaban las preguntas – ¿Y eso que tiene que ver con las actividades de montaña?
- Nada. Ya se lo preguntamos nosotros y nos dijo que ¡nada de nada! Dice que con eso se hará a la idea de cómo pensamos. Lo más

COMPRE EL EBOOK COMPLETO EN WWW.PARADIMAGE.COM

importante parece ser que ninguna persona de las que nos rodee en ese momento se dé cuenta de lo que hacemos. Eso es todo lo que importa, bueno, y resolver el problema, supongo – a Marcos le fastidiaba la arbitrariedad del método y no lo disimulaba –. Que es un tío raro, ya os lo he dicho. Se te olvida la toalla – añadió dirigiéndose a un compañero que se marchaba.

- Gracias – dijo éste, recogióndola –. Ya sería la segunda que pierdo en la primera semana de clase. No te imaginas cómo se iba a poner mi madre.
- Como todas – dijo Juan. Y volviendo al tema, se dirigió a Marcos –. No sé, es raro que no haya pruebas físicas, puramente físicas, vaya.
- Algo hay. Nos ha citado a todos el domingo por la mañana en el polideportivo. Lo de los ejercicios es para el sábado, supongo. Pero de lo del polideportivo no nos ha dicho en qué va a consistir. Ni siquiera la hora, que dice que nos la mandará por SMS el sábado. Si es que no suelta prenda, el tío.

Continuaron charlando. Se hizo patente que Marcos estaba incómodo por no saber los detalles de las pruebas, porque no le permitiría prepararse. Juan estaba de acuerdo pero se sentía más optimista porque, a fin de cuentas, que las pruebas tuvieran poca carga física y más carga de habilidad era bueno para Marcos.

- Tú eres más listo que fuerte, piénsalo – decía Juan –. El zoquete soy yo.
- Pero te has clasificado – dijo Marcos – y vas a ir al CAR. ¿Sabías que hay sauna y SPA en el centro ese? Lo ha dicho Manolo, que lo estuvo visitando con sus padres el año pasado. No sé, a lo mejor exagera.
- No creo. Eso seguro que lo hay, ¿no? – apuntó Juan –. Saunas las hay ya por todas partes...

- Por todas partes en Suecia, tío – se burló Marcos –. Que estás en España, que aquí hace calor, ¿quién va a usar esas cosas? La playa es más barata y te da color, como a Pedro. Oye, ¿te ha contado el profesor de dónde ha salido ese tío? Os he visto hablando al acabar el entrenamiento.
- No –respondió Juan–. Sólo lo que dijo en clase, que había sido maestro suyo. No sé cómo, porque parecen de la misma edad.
- A saber. Será que se conserva.

Terminaron de recoger y se despidieron hasta el día siguiente.

III

Viernes 17:15

4. Marcos andaba distraído en clase, dibujando formas geométricas en el margen del libro de historia. Había empezado el curso sin muchas ganas, pero ya lo sacaría adelante. Siempre había sido buen estudiante y, como a todo el que hace algo con facilidad, ni se le pasaba por la cabeza que pudiera ser de otro modo.

Le sorprendió la sirena que anunciaba el final de las clases. Mientras recogía su mochila, Juan se le acercó.

- Me han puesto la primera prueba – comentó Marcos.
- ¿Ah, sí? – se interesó Juan– ¿En qué consiste?
- Ya ha pasado, ha sido esta tarde cuando venía de comer. Pedro me llamó al móvil y me pidió que impidiera a una anciana cruzar la calle.
- ¿Qué? – se extrañó Juan – ¿Eso es una prueba? Se supone que a las viejas hay que ayudarles a cruzar, no impedirselo – Marcos hizo un gesto de indiferencia y Juan añadió en tono irónico –. Por cierto, que te habrá costado tela de trabajo, ¿no?
- Menos guasa – protestó Marcos –. Se trataba de que la señora no se diera cuenta de que se lo impedía yo. Pegué un chicle en el botón del semáforo.
- ¿Y eso es lo que había que hacer?

- ¡Y yo qué sé! Venía tarde, fue lo primero que se me ocurrió. Ni me paré a ver si cruzaba o no. Y tampoco vi a Pedro por ninguna parte.

Juan se alegró de que lo hubieran seleccionado directamente. Propuso a Marcos ir a los billares a jugar al ping-pong con otro par de amigos y tomar luego algo en el paseo marítimo. Había estado practicando en vacaciones y venía dispuesto a machacarlo. Pero Marcos no podía ir esa tarde, porque tenía que recoger a la hija de su vecina de la piscina donde aprendía a nadar y luego le esperaba su madre para ir a comprarle ropa.

- Y tu vecina, ¿está buena?
- Tiene cinco años, subnormal.

A la entrada del colegio estaban Jorge y su pandilla, en círculo, fumando vaya usted a saber qué. Uno de ellos les vio salir y les gritó:

- ¡Eh, Schumaker! ¿A quién vas a atropellar hoy?
- Vete a la mierda – respondió Marcos, indignado. Varios del círculo se incorporaron a la bronca y Juan le obligó a acelerar el paso.
- ¿Se puede saber qué has dicho, nenaza?
- No les hagas caso – susurró Juan a Marcos.

Aún tuvieron que escuchar varios insultos más. A Marcos le hubiera gustado responder, pero sabía que la actitud de Juan era la más prudente, porque les superaban en número y no eran gente de fiar. A saber qué escondían en los bolsillos.

Los insultos le dolieron más cuando se quedó solo, calle arriba hacia la piscina. La culpa era toda de su padre. Defendía a un matón que había atropellado a una niña del pueblo y se estaba granjeando toda clase de enemigos, sin necesidad. Destacando de esa manera sólo podía encontrar problemas con los impresentables de Jorge y su panda, aunque hasta la fecha se había bandeado bastante bien gracias a la envergadura de su amigo Juan.

Su padre no era tan buen tío como aparentaba. Tomaba sus decisiones sin pedir opinión a nadie y no soportaba que a Marcos o a su madre se les ocurriera contradecirle. En esto del juicio por atropello, ¿por qué tenía que defender a ese indeseable?

En este estado de ánimo, negativo y excitado, llegó a la piscina.

5. La madre de Marcos se llamaba Isabel. Estaba en casa, sentada en un sillón de respaldo alto junto a una mesa camilla, frente a la máquina de coser, rodeada de retales por todas partes en aparente (sólo aparente) desorden. Llamaba a aquella sala su “leonera” y estaba literalmente forrada de baldas y cajones llenos de cosas útiles y otras que no lo eran tanto. Cosía unos encajes a un vestido y veía la telenovela de la tarde en una cadena local.

Se daba mano con la costura y, aunque en general se compraba los vestidos hechos, le gustaba “retocarlos”, más por decorarlos que por necesidad de cambiarles la talla o la hechura. Dedicaba mucho tiempo a la ropa, con resultados vistosos.

Isabel era rubia y, al igual que su hijo, tenía el pelo rizado. Sólo abundantes dosis de peluquería conseguían eliminar temporalmente los rizos, hasta que la humedad del mar les devolvía su carácter encrespado. A sus cuarenta y tantos resultaba incluso más atractiva que de joven y siempre fue muy elegante. Permanentemente maquillada sin exceso, sólo sus más allegados podían decir que hubieran visto alguna vez el rojo natural de sus labios.

Oficialmente era ama de casa aunque dedicaba a las tareas del hogar más bien poco tiempo, excepción hecha de la costura y, en momentos de estrés, la repostería. Nunca lo había hecho porque siempre, desde pequeña, contó con el servicio que necesitaba. Su familia no tenía títulos pero pertenecía a esa estirpe de funcionarios de postín (jueces, notarios, altos directivos de empresas públicas) a los que sobraba dinero y reputación. Los visitaba a menudo en Madrid y mantenía en la costa una vida social activa alejada, por

supuesto, de todo el famoseo de medio pelo y de las cámaras de la prensa rosa.

Marina, la muchacha rusa que atendía la casa, entró a despedirse.

- Ya he terminado, señora. Dejé la cena en frigorífico.
- ¿Ha llegado ya Marcos? – preguntó Isabel, apartando la vista del televisor.
- El señorito pasaba hoy a recoger a la vecina. Tiene merienda en la mesa.
- Gracias, Marina – la despidió, para volver a concentrarse en la telenovela –. Hasta mañana.

La chica había aprendido español con facilidad, aunque le costaba encajar bien los artículos. Isabel estaba encantada con ella porque era una persona de fiar, trabajadora y responsable.

Al poco rato la telenovela terminó y dio comienzo un programa de noticias y reportajes locales. Normalmente no lo veía, pero cuando iba a apagar la tele empezaron a hablar de su marido, que era la noticia del día.

Antonio era abogado, fiscalista, aunque estaba ejerciendo de criminalista defendiendo a Manuel Blanco, alias Mani. Se trataba de un matón, grande como un armario de los de antes, que había atropellado ebrio a una niña del vecindario. Isabel no entendía por qué su marido se había prestado a ejercer de abogado en un caso tan impopular. Ella nunca se había metido en sus asuntos... bueno, sólo una vez, hace años, comentó con su padre temas de trabajo de Antonio y aún recordaba cómo se enfureció su marido. Decidió no hacerlo más.

Mani era el guardaespaldas de Roy, el principal cliente de Antonio y al que les unía una cierta amistad. Con todo, resultaba raro que hubiese aceptado un compromiso como ese porque Antonio no era abogado de lo penal y no tenía sentido que Roy le hubiese encargado un trabajo de esa naturaleza. Además, Isabel sabía que Mani y Antonio no se caían bien. Por ser precisos,

Mani sólo le caía bien a Mani... y quizás a Roy, que lo encontró no se sabe dónde y lo tenía a su servicio desde hacía años.

En televisión no paraban de criticar a su marido y a Mani y ensalzar a la madre de la niña, que era una vecina del pueblo, dueña de la mercería donde Isabel compraba los encajes y casi todo el material de costura. La mujer había perdido a su marido poco antes de que naciese la niña (en realidad, él la abandonó por una chica que conoció en Internet, pero esto lo sabía muy poca gente) y ahora había perdido a su hija de seis años sólo porque un coche, con un conductor ebrio y sin carnet de conducir, se había saltado un semáforo.

Desde que Antonio se ofreciese a defender al asesino, tanto la apesadumbrada madre como muchos otros vecinos y conocidos les habían retirado el saludo y, aunque se decía a sí misma que todo aquello pasaría, que también la mala gente merece un abogado y otros cien tópicos más, en su interior se encontraba profundamente afectada. Resultaría difícil, sin embargo, saber si lo que le quitaba el sueño era el rechazo de sus vecinos o la atrocidad de la tragedia, porque para Isabel su buen nombre y sus relaciones llenaban toda su vida.

Sin darse cuenta, dejó de coser. Sólo miraba la pantalla.

6. La fiscalía había aceptado que el juicio se celebrase por el procedimiento abreviado, lo que ya de partida significaba que no pedirían más de nueve años de prisión, conforme a la acusación de homicidio por imprudencia y negación del deber de socorro. Se preveía liquidar el juicio esa misma tarde y quizás el juez, teniendo en cuenta que era viernes y, por qué no decirlo, la presencia de la televisión, incluso dictase sentencia. Antonio buscaría la exculpación de su defendido que, aunque de una buena multa no se iba a librar, podría tal vez evitar la cárcel.

En ese momento declaraba María, la madre de la niña atropellada. Hizo un resumen de los hechos, que coincidían con lo que ya había contado a la policía: iban a cruzar la calle por el semáforo y un coche, que se lo había

saltado a toda velocidad, se llevó por delante a su hija. El conductor se detuvo más adelante pero un segundo vehículo paró más cerca y las llevó corriendo al hospital. No hubo forma de salvarle la vida.

Llegó el turno de preguntas del abogado de la defensa. Antonio se acercó al estrado y la miró pensativo. La conocía, la había visto a menudo y no se sentía con ánimos para atacarla. Sabía que, en ese momento, todo el mundo pensaba que su defendido era culpable; tenía que tomar una decisión y no valían medias tintas. Hizo una pausa, lo pensó bien y decidió jugársela. Respiró hondo y retuvo el aire. Iba a por todas, seguiría una línea agresiva desde el principio.

- Se llama usted María Gómez – preguntó en un tono deliberadamente neutro.
- Sí –asintió ella.
- ¿Cómo se llamaba su hija?
- María Gómez, también.
- ¿Y el apellido del padre? – lo preguntó con la misma formalidad, como si se tratase de otra cuestión intrascendente pero se trataba de la primera pregunta trampa. Inmediatamente hizo mella en el ánimo de la interrogada.
- No tiene – dijo ella, bajando los ojos.
- ¿No tiene apellido o no tiene padre?
- No tiene padre – balbuceó. Recordó que su hija ya no estaba con ellos y sintió una punzada en el corazón. Miró al abogado a los ojos y corrigió –. No tenía padre.
- Pero nacería de alguien... – insistió Antonio.
- Se marchó.

Era la respuesta que esperaba. Hizo una breve pausa para que el mensaje calase en cuantos escuchaban y continuó el interrogatorio.

- ¿Por qué las abandonó su marido?
- ¡Protesto! – intervino el fiscal.
- Se acepta – dijo el juez –. No divague, abogado.
- Mis disculpas – dijo Antonio en tono conciliador. Se volvió hacia la testigo y recuperó la formalidad del interrogatorio –. Digamos que la chica no tenía padre en el momento del suceso. Usted era quien la cuidaba. ¿Sólo usted?
- No, bueno, mi madre me ayuda.
- ¿Qué edad tiene su madre?
- Cincuenta y cuatro años.
- ¿Se encuentra bien de salud?
- Usted sabe que no – María empezó a perder su aplomo de nuevo, tras el paréntesis que había supuesto la interrupción del juez. Levantó la mirada hacia Antonio. Conocía a su esposa, Isabel y era evidente que el abogado conocía las respuestas a todo lo que preguntaba. Le estaba haciendo daño –. Tiene cáncer.
- ¿Cuántas horas al día pasaba la niña a cargo de su abuela con cáncer?
- Desde que volvía del colegio hasta que volvía yo del trabajo
- Es decir... ¿seis, siete horas? – preguntó en un tono falsamente ingenuo.
- ¡No! –protestó ella.

- Unas cinco o más, según mis datos, en un día corriente –Antonio hablaba en voz alta y firme, mientras aparentaba consultar sus notas –. La niña volvía a las cuatro y usted, tras cerrar la mercería, la recogía sobre las nueve o nueve y media, ya cenada y con el pijama puesto. La llevaba a su casa en coche, la niña se dormía por el camino y usted la subía en brazos y la dejaba en la cama. ¿Es correcto?
- Más o menos –admitió.
- ¿Sí o no? – insistió el abogado. Quería oír la confirmación de sus labios.
- Sí.
- ¿A qué hora del día hablaba con ella? – preguntó con cierto desdén. La estaba provocando abiertamente.
- ¡Protesto! – intervino el fiscal. María apretó los dientes –. No se está juzgando a esta mujer, sino al conductor.
- La pregunta no constará en el acta – dictaminó el juez –. Abogado, no me gustaría tener que volver a llamarle la atención.
- Le pido nuevamente disculpas – dijo Antonio. Continuó con el interrogatorio –. El día de los hechos usted volvía a casa andando con la niña, pasadas las diez. ¿Por qué tan tarde? ¿Por qué no iba en coche?
- Estaba en el taller
- Más bien estaba en el depósito de la grúa municipal – afirmó Antonio –. No me mienta, tengo en mi mano el recibo – levantó su brazo derecho y agitó un papel a la vista de todos –. Su coche llevaba dos días en el depósito de la grúa porque usted lo dejó aparcado en una salida de incendios de un centro comercial.
- Puede ser...

- ¡Es así! – la interrumpió –. Menos mal que no hubo ningún incendio y ninguna niña tuvo que salir corriendo del centro...
- ¡Modérese, abogado! – intervino el juez, antes aún de que el fiscal tuviera tiempo de protestar. A la testigo se le saltaban las lágrimas.
- ¡No hice nada malo! – protestó María.
- ¡Claro que no! ¡Usted no hizo nada! ¡Usted ni siquiera sujetaba a su hija de la mano cuando iba a cruzar el semáforo! – la acusó Antonio.

El murmullo del público se hizo patente y el juez ordenó silencio. María lloraba abiertamente. Antonio bajó la voz y le dio la espalda, hablando para el juez.

- Señor juez, hemos oído cómo el acusado, Manuel Blanco, manifestaba no haberse dado cuenta de que el semáforo pasaba a rojo y cómo aún ahora no podría afirmar haberse saltado el semáforo. Ha reconocido haber tomado cerveza con la cena y tener el carné de conducir caducado hacía cuatro meses, lo que puede ser un simple despiste, teniendo en cuenta que se renueva cada diez años. Pero, me pregunto –Antonio desgranaba las palabras –, ¿realmente se saltó el semáforo?
- ¡Claro que sí! ¡Asesino! – gritó la madre fuera de sí, mirando al acusado.
- ¿Y por qué no fue atropellada usted? – gritó Antonio a su vez. Su voz, grave y potente, llenaba ahora toda la sala. El público calló su murmullo –. Porque es seguro que usted no la retenía consigo, pero tampoco se echó a la calle al mismo tiempo. ¿Quién vio el semáforo? ¿Quién confirma su historia?
- ¡Yo!
- No me merece usted ningún crédito, señora, como no me lo ha merecido la prensa y el linchamiento a que han intentado someter al señor Blanco. Creo que intenta culpar a mi cliente, arruinarle la

vida, para ocultar sus carencias como madre. No tengo más preguntas, señoría.

En la sala se montó un enorme revuelo que al juez le estaba costando acallar. Amenazó al público con expulsarles pero los presentes no se conformaban y las protestas subían de tono. Así las cosas, el juez ordenó desalojar la sala y un descanso hasta que se cumpliera la orden.

Antonio se escabulló por una puerta lateral y se encaminó a la sala de descanso de los letrados, donde evitaría por unos minutos la presencia de Mani, que debía permanecer escoltado en la sala. Estaba acelerado, cargado de adrenalina. Había conseguido mantenerse firme hasta el final del interrogatorio pese a que sabía que la madre no merecía aquel trato. Quizás fuera porque se sentía un tanto culpable por lo que prefirió ir a la sala a distraerse. Se acercó al aparador y se sirvió un café.

En ese momento entró Ana, la fiscal anticorrupción, que tenía varias causas abiertas contra Roy, al que también defendía Antonio.

- ¿Me invitas a un café? – preguntó ella.
- No sé si me conviene colaborar con la fiscalía – ironizó Antonio –. ¿Qué ofreces a cambio?
- Tengo que pensármelo. Con leche y dos azucarillos.

Ana y Antonio se habían conocido muchos años atrás, en la Facultad de Derecho. Compartían algunas clases, ocasionalmente apuntes pero nunca fueron lo que se dice amigos. Ana lucía ya entonces el hermoso pelo negro que, heredado de su madre, había conseguido pasar a su hija pero, pese a su atractivo, Antonio nunca se había acercado demasiado a ella. Antonio era por aquel entonces un chaval un tanto raro, la reciente pérdida de su padre le había agriado el carácter y por eso, aunque lo hubiera intentado, tampoco estaba tan claro que Ana le hubiese aceptado. Sólo el paso de los años había dado cierto atractivo a Antonio, un carácter más definido, una complexión más fuerte gracias a las horas de gimnasio... quizás le sobrasen cinco o seis kilos, nada importante.

- ¿Qué haces por aquí? – preguntó Ana mientras se dejaba caer en el sofá de la sala.
- Defiendo a Mani de su acusación por atropello – contestó Antonio, sentándose en un sillón cercano.
- Te habrás ganado un montón de amigos... – se burló ella.

Antonio no contestó. No se sentía cómodo defendiendo al matón pero no estaba dispuesto a permitir que Ana lo notase. Decidió cambiar de tema.

- Y tú, ¿qué haces aquí? – preguntó Antonio
- Trabajo aquí, ¿recuerdas?
- En realidad, no. Trabajas en el portal siguiente. Todavía eres fiscal y esto son los juzgados – observó.
- Touché – reconoció ella –. He venido a hacer lo posible por encerrar a tu mejor cliente. Pero no insistas – añadió en tono burlón –, aunque te arrodilles y supliques no voy a contarte nada.
- No te preocupes, no insistiré. No estoy de humor – dio un sorbo a su café –. Veo que sigues a vueltas con Roy, ¿no tuviste bastante con lo del invierno pasado?

Antonio se refería a una ocasión en que Ana detuvo a Roy con menos pruebas de las necesarias. La prensa se enteró y airearon supuestas tramas de corrupción que involucraban a Roy. La personalidad del sujeto favoreció que la prensa rosa se ocupase del caso y así, cuando Ana se vio obligada a soltarlo sin cargos, quedó en el más espantoso de los ridículos, a decir de Antonio y de gran parte de la población.

Pese a todo, Ana no cejaba en su empeño de encerrarlo. Estaba convencida de que el empresario no era trigo limpio y, aunque sabía que no iba a ser fácil atraparle en un descuido mientras contase con los servicios de Antonio, consideraba su deber intentarlo hasta conseguirlo. Si tuviéramos que

describir a Ana en su quehacer profesional con un único adjetivo, éste sería el de tenaz.

- Seguimos una nueva pista. Una buena pista – dejó caer Ana, intentado observar las reacciones de Antonio, que no se produjeron –. Espero no encontrarte detrás...
- Siempre estoy detrás de mis clientes. Se llama apoyo.
- ¡Vamos, hombre! – Ana le puso un poco más de pasión –. Tienes un buen bufete, una familia de verdad, no como ese maniquí que hace las veces de esposa de Roy... y, sin embargo, vas mucho más lejos de lo que lo haría cualquier abogado. Eso se nota. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan metido en esto?
- A lo mejor es porque soy buen abogado – respondió Antonio, guiñando un ojo. Hizo una pausa y continuó algo más en serio –. Mira, Ana, por mucho que me pinches no voy a enfadarme, ni a discutir. Pero si lo que estás buscando es asustarme para que traicione a un cliente no insistas, pienso dejarme la piel defendiendo a todos y cada uno de ellos. ¿Qué pasa en realidad? ¿No tienes pruebas suficientes?
- ¡Qué labia! Me has dejado impresionada – dijo Ana con sarcasmo. Retomó un tono más formal para añadir –. No estamos tan lejos. A Roy le queda poco y, simplemente, no quisiera llevarme a tu familia por delante. Tómalo como un consejo de amiga.

Antonio se quedó mirándola fijamente, en silencio, apurando el café. A ella le costaba sostenerle la mirada. Antonio sonrió, al ver confirmadas sus sospechas.

- Lo sabía. No tienes nada.

Ana dudó un momento y optó por no contestar. “Piensa lo que quieras”, tendría que haberle dicho... quizás.

Antonio se marchó, dejándola sola en la habitación. Aún faltaba media hora para su reunión, así que se recostó en el sofá y se dispuso a saborear el café, pero se le había acabado. Miró la taza, se lo pensó y terminó por ponerse otro. Deseó que lo que le iban a contar esa tarde mereciera la pena.

7. Marcos llegó a la piscina pronto, alterado por el desencuentro a la salida del instituto. Se dirigió a la grada y se sentó distraídamente a tres o cuatro bancos de la persona más próxima, mientras buscaba con la mirada a su vecina entre los chavales que estaban en el agua.

- Puedes sentarte más cerca, no muerdo – dijo con dulzura la señora que se encontraba junto a él. Marcos la miró por primera vez y se dio cuenta de que era mayor, de raza negra y bastante gordita. No tanto como en “El color púrpura” pero se daba un aire. Se quedó cortado, porque no había pretendido ofenderla sentándose en un sitio apartado. No quería pasar por racista ni nada parecido.
- No... era mi intención... – balbuceó mientras se sentaba más cerca. Ahora les separaba sólo un banco, en el que descansaban la chaqueta de la mujer y un libro.
- No pasa nada, sólo bromeaba. Llevo aquí bastante tiempo y me apetecía charlar – le tranquilizó la mujer –. ¿Has venido a por algún chico?
- Chica. A por mi vecina, la del gorro amarillo.
- Ya la veo. El mío es el que está junto a ella, con el gorro azul.
- Pero si es chino... – se extrañó Marcos—. ¡Ah! Es la casa donde trabaja.
- ¡No! – rió ella –. ¡No soy ninguna criada!

Marcos ya no sabía qué decir. Tenía la sensación de que no hacía más que meter la pata con aquella mujer y pensó incluso en levantarse y marcharse sin mediar palabra. Pero la sonrisa de la mujer era auténtica. Estaba de broma. Se explicó.

- Tienes razón, no es mi hija. Es huérfana. Colaboro con una ONG y la traigo aquí a que aprenda a nadar. Mi nombre es Amelia – y le tendió amablemente la mano.
- Marcos, encantado – estrechó la mano de la mujer y preguntó –. ¿Qué ONG es?
- “La Mano Invisible” – respondió ella.
- ¡Qué nombre más raro! Ni me suena.
- Somos pequeños y estamos empezando – explicó la mujer –. Yo era partidaria de haberla llamado “La Mano Izquierda”, ya sabes, por aquello de que no sepa tu derecha lo que hace tu izquierda, pero al final se optó por este otro nombre. ¿Trabajas tú en alguna asociación?
- No – reconoció Marcos –. Creo que mis buenas acciones se limitan a hacer de canguro de la vecina. E incluso cobro por hacerlo, si es por las noches.
- Ya es algo – le animó Amelia –. No hay muchos chicos varones que se ofrezcan como canguros.